

Guimerà en el TNC

HEMOS DADO prioridad a Guimerà por el reconocimiento que merece y por la demanda del público

DOMÈNEC REIXACH –

En septiembre de 1998, minutos antes de recibir el Premi Nacional de Teatre, Joan Brossa me comentó: “Ahora que eres director del TNC, debes representar a Guimerà. Es importante que los jóvenes lo conozcan y los mayores se reencontran con él. Pero no olvides que el padre del nuevo teatro catalán es Iglésias y que este teatro no será nacional hasta que no se represente en él una obra de Iglésias y a Guimerà con regularidad”.

“Trabajamos en esta línea”, le respondí.

El equipo del TNC se había marcado como objetivos representar la trilogía más emblemática de Guimerà y un Iglésias en los primeros años de mi dirección.

El 6 de octubre de 1999 estrenamos “La barca nova”, de Iglésias, y, a partir de noviembre del 2000, con “Terra baixa”, iniciamos las representaciones de la trilogía de Guimerà, como un reconocimiento al autor más representado, traducido y versionado de nuestra literatura dramática.

¿Qué tiene Guimerà que le permite superar las barreras del tiempo y del espacio, y seguir apasionando en el XXI?

Como todos los clásicos, Guimerà sabe hacer un retrato fiel a su época que trasciende la anécdota y llega a la esencia y la universalidad de los conflictos. Personajes como Manelic (“Terra baixa”), Maria Rosa y Àgata (“La filla del mar”) ofrecen al espectador un espejo en el que reflejarse, todavía hoy. Por su dimensión simbólica, viven más allá del escenario, penetran en el inconsciente colectivo y acaban formando parte de la cultura del país. Por ello, los personajes de Guimerà piden grandes interpretaciones. Ahí están el Manelic de Enric Majó, Lluís Homar o Julio Manrique; la Marta de Carme Elias, Emma Vilarasau o Marta Marco; la Maria Rosa de Julieta Serrano, Rosa Renom y, ahora, Marta Calvó; la Àgata de Elena Fortuny, por ejemplo.

Otro factor importante en Guimerà es la lengua, por su plasticidad, riqueza y sensualidad. Sus obras se caracterizan por la fuerza de los diálogos, trufados de coloquialismos, frases hechas y coloraturas. Es una lengua poética (sin la pesadez de la retórica), viva, directa, apasionada y seductora.

La responsabilidad de cualquier director, sea de teatro o de cualquier empresa, paso por definir sus prioridades y dejar de lado otras opciones. Todo el equipo del TNC y yo, en estos primeros años, hemos querido incorporar a Guimerà a nuestro repertorio, tanto por el reconocimiento que merece como por la demanda de diversos sectores del público, que querían ver su teatro en la Sala Gran, en las mejores condiciones. Y eso hemos hecho.

La próxima temporada tendremos “Mar i cel”, de Guimerà, en la versión musical que hizo Dagoll Dagom y que repondrá con nosotros para celebrar sus treinta años.

Sin embargo, desde el TNC abrimos una nueva etapa para los clásicos catalanes, que dará continuidad a la ya iniciada con Rusiñol (“L'auca del senyor Esteve”), Sagarra (“Galatea” y “El Café de la Marina”), Puig i Ferrer (“La dama enamorada”) e Iglésias. Y somos conscientes de que nos conviene ampliar la nómina de autores no tan clásicos que iniciamos con Mercè Rodoreda (“El maniquí”), Joan Oliver (“Ària del diumenge”) i Brossa (“Món Brossa”), así como con reconocimientos concretos a la obra de Verdaguer (“Lo cor de l'home és una mar”) y Ruyra (“Un ram de mar”).

Un teatro nacional, además de impulsar y representar dramaturgia contemporánea, debe revisar constantemente a sus clásicos. Con la misma decisión ha de velar también por que cada puesta en escena sea un referente indiscutible.